

# VEINTE SIGLOS DE CHAMAEROPS HUMILIS EN LA CULTURA EUROPEA

por José Antonio del Cañizo

Resulta lógico que haya muchísima información escrita a lo largo de los siglos sobre la palmera datilera, tan alta, llamativa y pictórica, y que además ha sido y es muy útil, y siempre ha estado cargada de símbolos y tradiciones. Pero tiene mucho más mérito el que una humilde palmerita distribuida por los montes mediterráneos haya dejado bastantes huellas, aunque no tantas, en la cultura del pueblo y en la de los escritores, naturalistas, médicos y estudiosos.

El nombre científico del género se compone de dos partes, “*Chamae*” y “*rops*”, derivadas de palabras griegas. La primera se refiere a algo que está por tierra, que es bajo (así empieza también *Chamaedorea*), y la segunda significa ramaje, arbusto o matorral (también termina así *Nannorrhops*, el palmito de Pakistán, Afganistán, Irán, etc., cuyo nombre significa arbusto enano).

Los nombres vulgares aluden también a su poca altura, como Palma nana, Palmier nain o Dwarf fan palm, y en español se le adjudicó el diminutivo de palmera o de palma, que es palmito.

Ello resulta adecuado para la mayoría de los especímenes silvestres; pero el tallo o estípite más alto del frondoso ejemplar del Jardín Botánico de Valencia mide cinco metros, en los varios ejemplares grandes del Jardín de Aclimatación de La Orotava, en Tenerife (Islas Canarias) pueden verse tallos con siete, y en Marruecos los hay con hasta diez, todo ello aproximadamente. Y de otro no tan alto pero sí muy llamativo y escultórico, situado en Torremolinos (Málaga), presentará enseguida una interesante medición mi colaborador David Marín.

La palabra palmito se le aplica en español desde hace al menos quinientos años, pues en el libro titulado *Obra de Agricultura*, de Gabriel Alonso de Herrera, que es de esa época, hay un capítulo entero sobre las palmeras, en el que se lee que son de muchas formas, unas fructíferas, otras no, otras machos, otras hembras, y en las que son fructíferas unas hay que tienen los dátiles rubios, otras blancos, otras pardos, otras de colores diferentes. Otras son muy altas, otras tienen una altura media, y otras son bajas, por el suelo, y las llamamos palmitos.

(El lenguaje de los textos antiguos lo actualizo para facilitar la traducción simultánea a varios idiomas).

Cuando entre palmerófilos se habla de que alguien tiene un buen palmito se alude a que un coleccionista, “un fou de palmiers” o un “palm nut” tiene en su jardín un buen ejemplar con unos cuantos tallos muy esbeltos.

Pero cuando en el lenguaje popular español se dice que una mujer lució en una fiesta su palmito, o que una actriz exhibe su estupendo palmito en tal o cual película, o que las gentiles traductoras de esta Biennale no pueden lucir su palmito porque las han encerrado en esas cabinas, significa que son agraciadas y tienen buen tipo. Es probable que el origen de este sentido figurado aluda a los esbeltos tallos de esta planta.

Además, la palabra palmito tiene un tercer sentido en el español popular desde hace al menos cuatro siglos, pues en la mejor novela española de todos los tiempos, y una de las más importantes de la literatura mundial, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha*, Cervantes pone en boca de una mujer del pueblo llano esa palabra, de la siguiente manera.

Sancho Panza le cuenta a su mujer, ilusionado y orgulloso, que Don Quijote le ha prometido que si conquista una isla le hará gobernador de ella. Y su mujer, muy contenta con esa gran noticia, y con mucha más visión de futuro que su marido, le dice que se lleve con él a su rústico hijo de quince años, Sanchico, para que aprenda viéndole gobernar, y cuando el padre muera herede tan alto cargo. Sancho le dice: “Vístele de modo que disimule lo que es y parezca lo que no es”, y ella contesta “que yo os lo vestiré como un palmito”.

En una reciente y erudita edición el comentarista explica a pie de página que eso significa “lo cargaré de vestidos”, sin más; pero un comentarista de hace doscientos años, Diego Clemencín, sabía mucho más, porque decía:

“El palmito es una planta silvestre común en nuestras costas del Mediterráneo, cuyo cogollo está revestido de muchas pencas sumamente apretadas entre sí, y envueltas también con varios tejidos reticulares y fuertes, de manera que cuesta considerable tiempo y trabajo llegar a descubrir el cogollo, que es dulce y se come. De las hojas, después de secas, se hacen las escobas de palma. La comparación es significativa y oportunísima para quien haya visto un palmito, pero no creo que lo hubiese podido ver nunca la mujer de Sancho” (intercalo que no había salido nunca de La Mancha, extensión de llanuras secas en el centro de España, muy alejada de las zonas costeras mediterráneas, y sigue Clemencín) “sino que usaría de la comparación a manera de proverbio, y como tal la cita Covarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana o española*”.

Ese importante diccionario fue publicado precisamente en el intervalo entre las apariciones de las dos partes de la novela de Cervantes, es decir, entre 1605 y 1615, luego ambos sabían muy bien que en esos años ya se utilizaba ese

dicho popular, que Covarrubias explicó diciendo que “De uno que va con muchos vestidos decimos que está vestido como un palmito”.

Otros escritores europeos han prestado atención a esta planta, no ya a causa de su nombre, sino por haberla visto durante sus viajes. Debo al bello libro de Alain Hervé titulado *La passion des palmiers* el haber conocido una frase que Prosper Mérimée, autor de la novela titulada *Carmen* (convertida después en ópera por Georges Bizet), le dijo en las primeras décadas del siglo XIX a Stendhal, autor de las magníficas novelas *El rojo y el negro* y *La Cartuja de Parma*, y también de los relatos titulados *Crónicas italianas*:

“A siete u ocho leguas de Valencia, cerca de Elche, veréis un bosque de verdaderas palmeras, *Palma dactylifera*, y no la *Chamaerops humilis* que crece por todas partes...”.

Pero él hablaba de especímenes silvestres y modestos, muy diferentes de la palmera cultivada más vieja del planeta (con fecha documentada), que es el *Chamaerops humilis* plantado en 1585 en el Orto Botánico de Padua. Tiene ahora, por tanto, más de cuatro siglos, y recibe en italiano el nombre de Palma di Goethe porque dicho escritor alemán se quedó admirado cuando lo conoció.

El famoso autor de *Fausto* y de *Las desventuras del joven Werther* publicó también (cosa que muchos desconocen) un tratado científico titulado *La metamorfosis de las plantas*, en 1790, poco después de un viaje por Italia durante el que conoció ese ejemplar ya bicentenario.

Meses después de visitar dicho Jardín Botánico recorrió el de Palermo y el de la cercana Villa Giulia, y además de en otros lugares de la península estuvo en Sicilia, y es lógico que esa flora italiana, tan diferente de la de Frankfurt y Weimar, lugares en que nació y murió, le asombrase e inspirase.

Para comprender mejor con qué ojos miraba a ese monumental palmito y a muchas plantas italianas conviene saber que se conservan más de mil quinientos dibujos suyos de paisajes, porque decía que su eterna necesidad de la Naturaleza le impulsaba a dibujarla.

La fascinante flora italiana le hizo razonar así: “Pasear entre una vegetación desconocida causa placer y resulta instructivo, puesto que la contemplación de las plantas comunes, así como de aquellos objetos que conocemos desde hace tiempo, acaba por no inspirarnos ninguna idea. ¿Y qué es contemplar sin pensar? En cambio aquí, en presencia de esta diversidad tan nueva para mí, la idea de que todas las formas vegetales acaso deriven de un único tipo primitivo adquiere una fuerza cada vez mayor”.

Y paso a hablar de los múltiples usos o aprovechamientos de esta palmera, aludiendo primero al ornamental, pero solo de pasada, porque mi colaborador David Marín hablará de ello enseguida. Recalcaré solamente que en España se utilizó como planta ornamental ya en los jardines árabe-andaluces de los siglos XIII y XIV, es decir, en la época de la Alhambra y el Generalife de Granada.

Y nuestro inolvidable y querido Cavaliere delle Palme Daniel Jacquemin decía en su estupendo libro titulado *Les palmiers ornementaux pour les climats tempérés* que los holandeses empezaron su cultivo en invernaderos en 1585, y que fue la primera especie de palmera empleada en decoración de interiores en esas zonas nórdicas. Ahora, cuatro siglos después, se exportan desde el Levante español miles y miles de palmitos jovencillos para dar un toque exótico y cálido a los interiores de las casas del Norte de Europa.

Pero todas las hojas de todos los palmitos acaban amarilleando y marchitándose, y solo se salvan las inmortalizadas por el famoso arquitecto catalán Antonio Gaudí en la reja de entrada al Parque Güell de Barcelona.

Respecto a otros usos he encontrado nada menos que unos veinte distintos, y empiezo con los alimenticios contando que Marco Tulio Cicerón, el famoso romano que fue político, cónsul, filósofo, escritor y orador, y murió en el año 43 antes de Cristo, contaba que los piratas hambrientos se alimentaban con sus raíces, y que los habitantes de Sicilia, antes de la introducción del trigo, las molían para hacer una especie de harina, y además comían la yema apical cocida.

Las brácteas, espadas o perfiles que protegen las inflorescencias también son comestibles, y los frutos son algo ásperos y astringentes, pero también pueden aliviar el hambre en casos necesarios. Enseguida contaré algo más sobre la degustación de la yema apical; pero hay que dejar claro que siempre que se habla de plantas o partes de plantas comestibles hay que tener en cuenta que ello depende mucho del hambre que se tenga. A las personas bien alimentadas de hoy esas partes de esta palmerita quizás no les gusten tanto como a aquellos hambrientos piratas de hace más de dos mil años, llegados a nuestras costas tras realizar un “crucero” con un menú del día más bien escaso.

Uno de sus nombres populares españoles es palma de escobas, que se hacían sujetando en el extremo de una caña tiras de sus limbos.

Con tiras o fibras de sus hojas se ha fabricado pasta para hacer papel, y se han tejido asientos para sillas.

Tradicionalmente se ha utilizado en el Sur de Europa y en el Norte de África la crin vegetal, compuesta por fibras que sirven para rellenar colchones, sofás, sillones, cojines y almohadillas, y para hacer alfombras, sombreros y telas bastas.

Para ello los limbos se someten al rápido giro de un cilindro con muchos clavos, y se han obtenido rendimientos de hasta unos 500 kilos de hojas por trabajador y día. He pesado varios limbos, y ese dato equivale a unos 10.000, lo cual da idea de la cantidad de palmitos a los que arrancaban hojas.

Desde tiempo inmemorial se han hecho cestos y canastas, hasta el punto de que en excavaciones realizadas en el Sureste español, en minas de la época de la Hispania Romana (hace más de dieciséis siglos), se han encontrado grandes cestos destinados a recoger y sacar el mineral, hechos con tiras de limbos de palmitos debidamente trenzadas.

Con las hojas nuevas que todavía no están abiertas se han hecho trabajos finos de cestería doméstica, después de dejar secar los limbos al sol y azufrarlos para que blanqueen y resulten más flexibles.

En algunos pueblos del interior de la provincia de Málaga se hacen unos pequeños recipientes llamados seretes para envolver y prensar los higos secos, tradición que viene desde hace siglos, pues la calidad de los higos malagueños hacía que se exportasen a diversos países.

En cuanto a otro uso muy tradicional, la manufactura de cuerdas, resulta muy interesante saber que los beduinos de la zona del Sinaí las trenzan hoy día de la misma complicada y elaborada forma que algunas que se han encontrado en el interior de las pirámides de Egipto, y en yacimientos arqueológicos antiquísimos de Israel.

Y otro aprovechamiento no comestible ni medicinal es su utilidad para luchar contra la erosión en los montes, gracias a la fuerza y a la austeridad hídrica de su extenso sistema radicular.

Al pasar a los usos medicinales y similares volvemos a encontrar grandes nombres, como el de Claudio Galeno, médico griego que murió en Roma hacia el año 200 después de Cristo, y que ya mencionó al palmito. Fue uno de los mayores sabios en materia médica, junto con el también griego Dioscórides, fallecido asimismo en Roma, pero hacia el año 90 después de Cristo, y pocos años antes publicó su magna obra titulada precisamente *De Materia Médica*, en la que describió más de seiscientas plantas y un millar de remedios obtenidos de ellas.

Dicho libro ha sido, después de la Biblia, el que más tiempo ha estado vigente, pues los médicos de diversos países seguían teniendo en cuenta sus enseñanzas incluso durante los siglos XVII y XVIII, lógicamente en versiones adaptadas y actualizadas con arreglo a los conocimientos de cada época.

He seleccionado de entre ellas una versión relacionada tanto con España como con Italia, e incluso con esta parte concreta en la que estamos: la publicada en 1555 por el doctor español Andrés Laguna, gran humanista que atendió como médico nada menos que a Carlos V, rey de España y de Nápoles y emperador de Alemania, a su hijo Felipe II, rey de España, y al Papa Julio III, nacido en Roma, a quien está dedicado el libro.

Pocos años antes Laguna recibió en el puerto de Génova a Felipe II, que venía a visitar Italia. Y el médico y naturalista aprovechó para recoger plantas medicinales en los Alpes Marítimos, es decir, que parte de los trabajos preparatorios de su gran obra los hizo precisamente por esta zona.

Laguna escribió lo siguiente: “Llámase margallón en Cataluña y Valencia, y cephaglione en Nápoles. Crecen los palmitos en Sicilia, y en gran abundancia”. Y recalca como uso más importante de la yema apical (aunque le llama fruta) el afrodisíaco, en el siguiente jugoso párrafo, en el que modernizo algunas palabras difíciles de comprender y, más aún, de traducir:

Descubrió la lujuria humana esta fruta, como otras muchas, y le dio tanta reputación y crédito que es muy estimada por todas partes, y se trae ya habitualmente a los mercados de Roma. Porque no era justo que esa ciudad reina de los deleites, y albergue de todos los regalos del mundo, careciese de una golosina tan agradable a Madona Venus. Se come de ella solamente un cogollito tierno que, a manera de corazón, se halla en las entrañas de esta planta, para llegar al cual es necesario quitar mil pañales, con gran gasto de tiempo.

Y termina diciendo que “En cuanto a la naturaleza y facultad de esta planta, no se ofrece decir otra cosa sino que despierta la virtud genital”.

Este dato es uno de los más importantes de los veinte siglos por los que he sobrevolado, y quizás explique en parte por qué han sido exterminadas tantas poblaciones naturales de esta útil palmerita.

Muchas personalidades del mundo de la cultura se han interesado por las plantas a lo largo de la historia. Y, recíprocamente, los profesionales y aficionados al mundo de las plantas, y en nuestro caso concreto de las palmeras, disfrutamos mucho más cuando procuramos enriquecer nuestros conocimientos técnicos interesándonos también por sus aspectos culturales, históricos, literarios, medicinales, artísticos y simbólicos, placer que les deseo a quienes tan amablemente me han escuchado. Muchas gracias.